

La bruja Matilde

Vivía esta famosa bruja en un país misterioso lleno de seres de miedo, en una casona d-
telar, con abundantes telarañas.

Quentase que salía todas las noches montada en una escoba de oro, y era la pesadilla de los niños inobedientes y traviesos abandonados por su hada buena.

Una vez, en el reino cercano, ocurrió que un niño llamado Escó, no quería hacer caso de nadie, perseguía a los paparrulos, tiraba piedras a los ancianos y hasta se moñaba de los consejos de sus padres.

La bruja Matilde que tenía un buen servicio de sopelones se enteró y allá fue cabalgando en su escoba.

Donde Escó dormía, sintió un cosquilleo en la nariz, despertó, y... ¡horror!... vio unos ojos que parecían comerse.

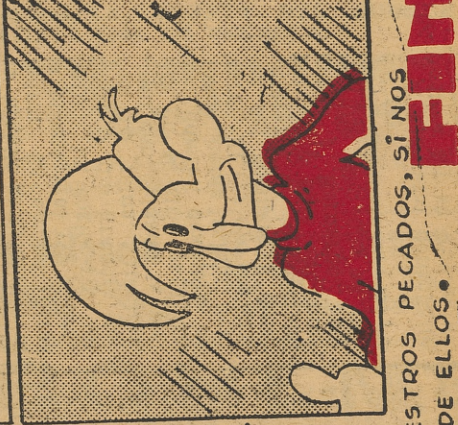
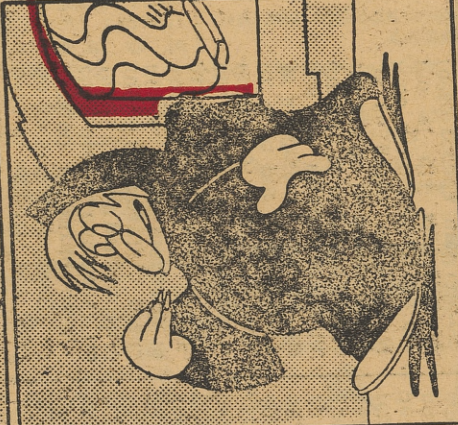
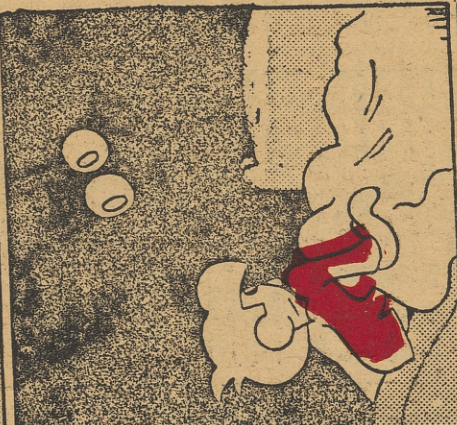
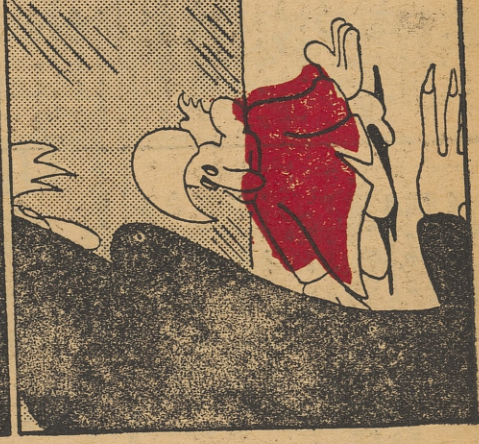
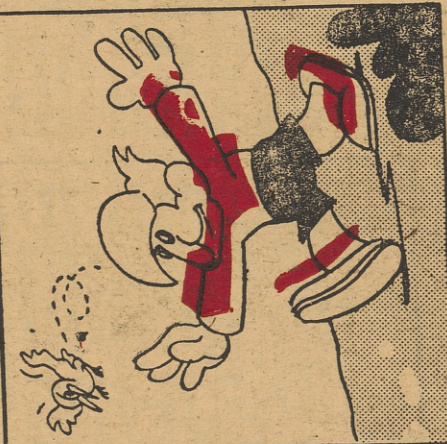
¡Inicio como se remontaba por los aires, y la furia lo llevó a su casona. Allí preparó un horno calentito, y le dio a entender que se lo iba a comer asado.

El fuego ardía caga vez más fuerte. Bruja Matilde fue a agarrarlo, pero el tufo fuerte, no pudo gritar: ¡Los niños, perdonadme, prometo ser bueno!

Escó despertó en su cama. ¡Más suya si fue suceso o realidad; pero desde entonces, su comportamiento fue excelente.

¡LOS SIEMPRE PERDONA NUESTROS PECADOS, SI NOS CONDOLEMOS SINCERAMENTE DE ELLOS.

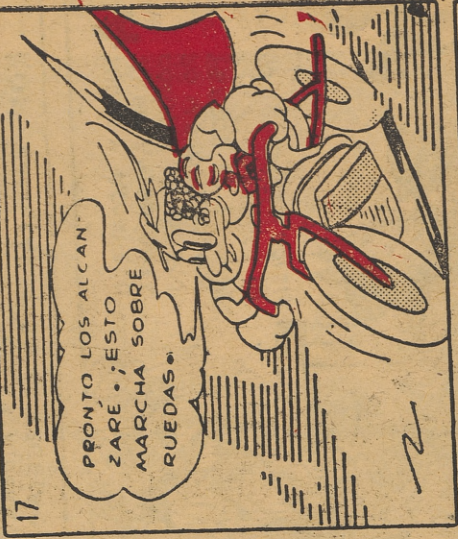
FON



EL PLOQUE

AÑO IV • VALENCIA 27 DE JULIO DE 1944 • NUMERO 133

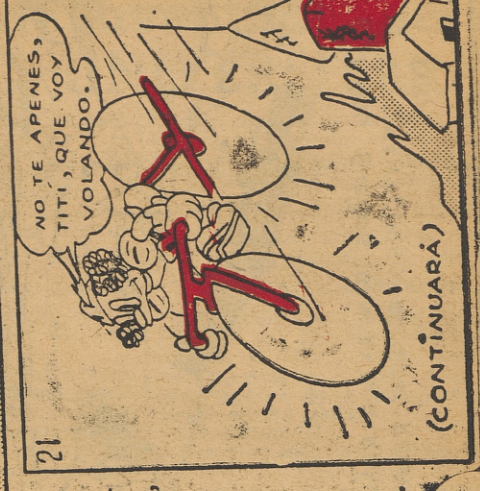
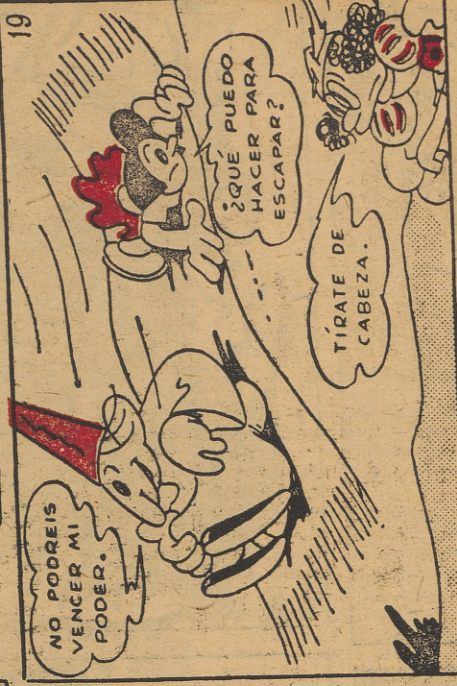
LAPICERÍN en las MONTAÑAS AZULES.



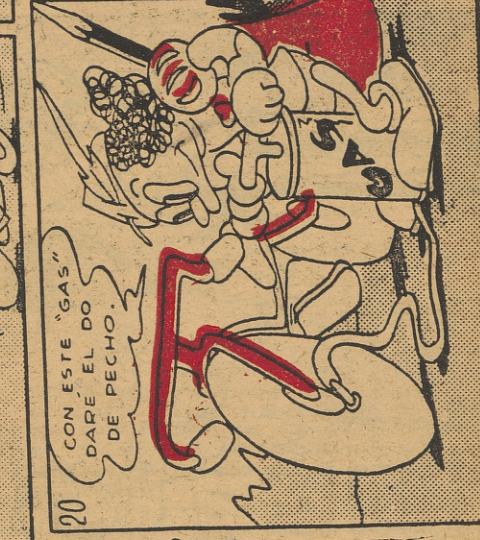
PERO APICERÍN, QUE ERA DE IDEAS RÁPIDAS, ALQUILÓ UNA "MOTO".



EL MAGO RAPALÓN CONSIGUIÓ ESCAPAR SOBRE LA ALFOMBRA MÁGICA, LLEVANDO CONSIGO A TITI.



GRACIAS A SU FELIZ ESTRATEGEMA, LA "MOTO" SE ELEVO HASTA ALCANZAR LA ALTURA DE LA ALFOMBRA.



NUESTRO MUÑEQUITO LO TENIA TODO PREVISTO.

(CONTINUARÁ)

Suplemento infantil de

Jornada

El infante que hacía ocho

(CUENTO MALLORQUIN)



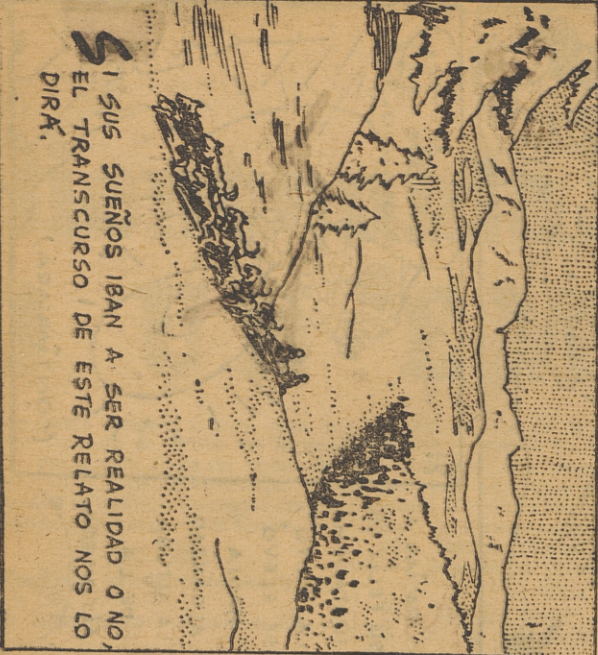
EL ANTIGUO VAQUERO DE TEJAS, PUSO A JIM AL CORRIENTE DE LA GENTE CON QUIEN TENDRÍA QUE TRATAR, DE LOS PELIGROS DE LA TUNDRA Y DESCRIBIÓ CON ENTUSIASMO LAS BELLEZAS DE LA RIBERA DEL YUKÓN, CASI CARENTES DE VEGETACIÓN.



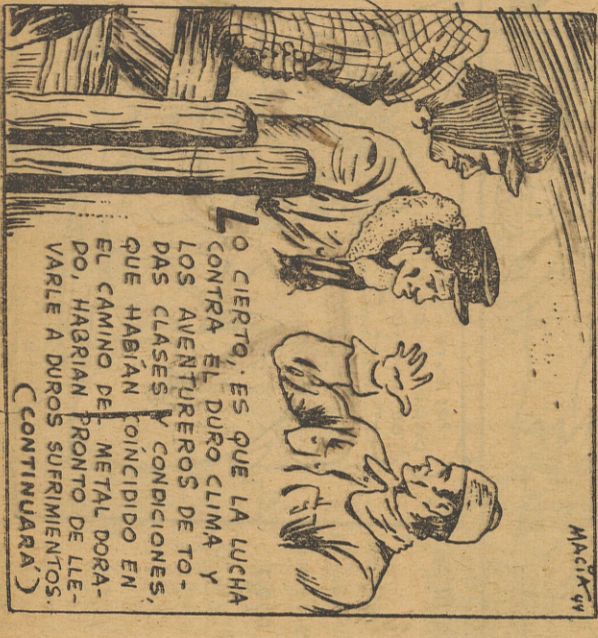
A YUDO Y ACONSEJO A SU AMIGO EN LA COMPRA DE UN EQUIPO APROPIADO, CON PERROS DE PURA RAZA, AL ALCANCE DE SU DEBILITADO DÓLSILO.



A LOS DOS DIAS SAMPHIR VESTÍA UNA CONFORTABLE PELIZZA DE PIELS CON SU GORRO DE LANA, PREPARADO PARA CORRER SU AVENTURA TRAS LA ILUSIÓN DEL ORO.



SI SUS SUEÑOS IBAN A SER REALIDAD O NO, EL TRANSCURSO DE ESTE RELATO NOS LO DIRÁ.



LO CIERTO, ES QUE LA LUCHA CONTRA EL DURO CLIMA Y LOS AVENTUREROS DE TODAS CLASES Y CONDICIONES, QUE HABÍAN COINCIDIDO EN EL CAMINO DEL METAL DORADO, HABRÍAN PRONTO DE LLVARLE A DUROS SUFRIMIENTOS. (CONTINUARA)

Eran un rey y una reina que tenían siete hijos varones y que se hallaban en vespas de lograr un nuevo vasíago. El rey, cansado de tantos varones, dijo un día:

—Si mi octavo hijo es niño, sacaré los ojos a la reina y luego los emparedaré a ella y a él.

La desgracia hizo que el octavo hijo fuese un niño, a quien bautizaron con el nombre de Bernardo; pero el rey no tuvo piedad y el castigo se cumplió. En aquel estrecho encierro no había más que un agujero por el que se metió un pajarrito llevando tres narritas con las que se tenían que alimentar la reina, su hijo y el pajarito.

Cuando Bernardo cumplió doce años, empezó a arrancar piedras de la pared y un día abrió un agujero, recayente a la cocina del rey. La reina mandó al infante que tapase el agujero, por miedo de ser descubierta. Y aunque Bernardo obedeció, desde entonces no tuvo otro pensamiento que el del agujero practicado. Una mañana lo abrió y observó la cocina. Al ver que en ella no había nada, no pudo contentarse y, dando un salto, salió por el agujero y se apoderó de una periz que se estaba cociendo. Cuando el cocinero se dio cuenta de la desaparición de su guiso, atribuyó el robo a un gato, pero como el día siguiente le fuesen robada unas langostas, decidió escarmantar al ladrón. Se escondió tras la puerta y al ver a Bernardo, lo cogió por un brazo y dio grandes voces. La reina, mientras puso con cuidado la piedra en su sitio para que no pudiesen descubrir de donde había salido Bernardo. El rey oyó los gritos del cocinero y quiso enterarse de lo ocurrido, pero por más que preguntó a Bernardo, éste no dijo sino que se hallaba «Bernardo», hijo del rey.

El soberano pensó que pudiera ser su hijo y ordenó que el niño se quedase en palacio. Bernardo iba cada noche a ver a su querida madre y le llevaba comida. Pero ocurrió que la segunda reina tomó celos a Bernardo, pues veía que éste se ganaba el cariño del rey, de la Corte y de la servidumbre.

Un día, la reina dijo: —No comeré ni beberé hasta que agua, de las tres peñas combatientes probaré.

El rey, ante aquella obstinación, en seguida reunió a sus servidores y les preguntó si alguien quería ir en busca de aquella agua, para que fuese sin pérdida de momento. Como nadie respondió a la pregunta que les hizo el rey, Bernardo dijo que iba él y, después de despedirse aquella noche de su madre, partió cuando encontró a una anclana a la que preguntó si sabía dónde se hallaban las tres rocas combatientes. La anclana le indicó el camino y le dio un funco con el que debía de golpear las rocas, de las que saldría un hilo de agua y con este había de llenar la botella. El chico dio las gracias y fue a buscar el agua y, una vez llena la botella, partió hacia palacio. El monarca se puso muy contento, pero no la reina, quien dijo que no comería ni bebería hasta que tuviese el bigado del gallo verde. De nuevo reunió el rey a su gente y de nuevo se ofreció Bernardo para realizar la empresa, también se encontró a una viejecita a quien preguntó dónde encontraría el gallo verde. La anciana le señaló el camino y le entregó un peine, un espejo y una espada. Los dos otros primeros debería darselos al gallo y cuando este se dejase caer al suelo, debía recitarlo y sacarle el bigado.

Así lo hizo Bernardo y cuando la reina vio el bigado y supo que era Bernardo quien lo había llevado, se enfadó mucho y mandó a andar mucho días de su marcha. Al cabo de andar mucho días, divisó la colina, sobre la que se alzaba un majestuoso palacio. En una ventana había una hermosa doncella que hilaba su copo de oro, pero se le cayó el huso y Bernardo, que en aquel momento llegaba al pie de la colina, atento, fue a entregárselo. La joven, reosolida, le enseñó su jardín y sus flores. Bernardo se paró ante un rosal y preguntó de qué clase era. Ella le explicó que tenía la virtud de devolver la vista al que la perdía, con sólo colocarle una ramita en cada oreja. Bernardo se quedó en su madre y cogió unas cuantas ramitas. Luego, su compañera, le enseñó otro rosal que poseía una varita que tenía el poder de hacer trasladar a donde se quisiese cualquier cosa. Bernardo fingió buscar su pañuelo por el suelo y anduvo por donde antes había ido. Cuando llegó al rosal de la varita mágica, cogió ésta y mandó trasladar la colina de la Seo frente al palacio del rey. La reina, al verlo, desató que ahorrasen a Bernardo, pero el rey, cansado ya de la ahorcada ella y mandó desmenuarla y mandó desmenuarla a su antigua esposa, quien recibió la visita mediante las ramitas que llevó Bernardo. En cuanto a éste, cuando murió de edad, se casó con la Lorenzeta del palacio de la Seo.

Colaboración infantil

CHISTRES

En un restaurante de tercer orden.
—Camarero, quisiera almorzar bien; ¿qué me aconseja usted?
—Que se vaya a almorzar a otra parte.
—¿Qué hora ha dado?
—Qué hora es la que ha dado, ¿La una o las dos?
—La una.
—¿Estás seguro?
—Y bien seguro. ¡Como que la he oído dar dos veces!

En un examen.
El profesor: Mi pregunta le hace a usted vacilar.
El alumno: No, señor; la pregunta no..., ¡la respuesta!

El miopé.
—Pero qué miopé debe ser ese Pérez.
—Mucho. Con decirte que se acusa con gafas...
—¿Y para qué?
—Pues para conocer a la gente que ve en los sueños.
J. Alberto de Juan
Valencia

—¿Qué le dijo un pato a otro pato?
—¿Qué le dijo? Estamos empataados.
Marcia Carrascosa
14 años.—Valencia

SEGUN LO QUE CORRA USTED
Calles, llegar a la estación de Pozoblanco sudoroso y jadeante. ¿Cerre hacia el andén y le preguntó a un empleado: —¿Disculpe, ¿Puedo correr todavía el tren de Córdoba? —¿Pero después de lo que usted pueda correr? —Respondió fríamente el empleado: —hace justamente diez minutos que ha salido.